

humilde de los hombres, llamado á tener familiaridad con Dios todopoderoso. ¡Cuántas escenas conmovedoras! ¡Qué abundancia de luces tan dulces é irresistibles! ¡Qué maravilloso se presenta todo y cuán lleno de bondad y de amor! Y, sin embargo, ¡cuán evidente es que Dios no hace nada que no sea digno de su sabiduría infinita! No es, no, indigno San Pedro del amoroso afecto de Jesús. Para que el milagro de la propagación del Evangelio y del establecimiento de la Iglesia fuese en toda la duración de los siglos el gran desafío hecho á la razón y á la fuerza del hombre, convenía que los Apóstoles fuesen unos simples y groseros artesanos, y Pedro, su jefe, el más simple y el ménos ilustrado de todos, pero al mismo tiempo de ser Pedro, tal como nosotros le vemos en la narración evangélica, sincero, bueno, piadoso, y aún pudiera decirse que amable hasta por sus mismos defectos. Él sabía una cosa que ninguno podía ignorar entre los judíos: sabía que el Mesías había de venir, y le esperaba con una fe pura, sin discutir, como los fariseos, y sin pedir, como los judíos, que les trajese el Mesías los goces de la tierra y el dominio del mundo. Más esclarecido Pedro por su fe que los doctores por su ciencia, reconoció al momento á Aquel que esperaba, y Jesús, á su vez, también le reconoció á él, diciéndole: «Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Pedro.» Y en el mismo instante que Pedro oye estas palabras, se resuelve á dejarlo todo para seguir á Jesús, dando así una prueba y un ejemplo de una renuncia perfecta; porque,

aunque es verdad que era pobre, sin embargo, tenía su casa, su barca, sus redes, y además estaba casado, y á todo renunció absoluta é incondicionalmente por estar con Jesús. Ese carácter tan noble, tan digno y á la vez tan generoso, explica las palabras gloriosas que Nuestro Señor le dirigió más tarde: «Tú eres bienaventurado, Simón, hijo de Juan, porque no han sido la carne ni la sangre las que te han revelado lo que yo soy, sino mi Padre, que está en los cielos.»

Su fe no se quebrantó jamás. Cuando Jesús, hablando con los doce Apóstoles, les dijo: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida,» se llenaron de dudas y se decían entre ellos mismos: «Estas expresiones son demasiado duras; y ¿quién puede creerlas?» Pero, preguntado Pedro solo por el divino Maestro, dió una respuesta que reanimó su confianza debilitada: «Señor, dijo él, ¿á quién hemos de acudir nosotros? Vos tenéis palabras de vida eterna. Nosotros creemos porque sabemos que sois el Cristo, Hijo de Dios.» De modo que puso con evidencia la razón decisiva y universal de la fe en todos los misterios. Nosotros creemos todo por la fe en la palabra de Dios, que nos ama y que todo lo puede. Dios quiso y vió con agrado la sencillez y el candor de este hombre.

La fe y el amor de Pedro se manifiestan todavía más claramente el día de la Cena, cuando Jesús se disponía á lavar los piés á sus Apóstoles. Pedro desde luego lo rehusó, guiado de su humildad. «No puede ser del agrado de Dios, decía, el que

Vos me lavéis á mí los piés.» Mas habiéndole contestado Jesús: «Si yo no te lavo los piés, no tendrás parte conmigo,» al momento exclamó Pedro: «Señor, no solamente los piés, sino también la cabeza y las manos.»

Pedro, pues, cree y tiene confianza, aún en los instantes en que la flaqueza humana parece inclinarse á faltar á su fe. En medio de la tempestad se olvida de que basta la presencia de Jesús para preservar su barca del naufragio; pero la fe no le falta, y, guiado de ella, acude á Jesús y le despierta, diciéndole: «¡Señor, sálvanos, porque perecemos!» En el pretorio niega á Jesús; pero una sola mirada del divino Maestro es suficiente para convertirle. ¿Quién será capaz de decir ni de saber cuánta y cuán grande ha sido la influencia de esa mirada de Jesús y de esas lágrimas de San Pedro para la conversión y salvación de muchas almas? ¡Dulce mirada de nuestro amantísimo Salvador, que después de diez y ocho siglos viene á tocar y á purificar nuestros corazones ingratos; santas y dulces lágrimas de arrepentimiento, que han apagado y apagarán para siempre las llamas del vicio en este mundo, y en el otro las del fuego eterno!

La obra visible de Jesucristo quedó concluída; y con sus enseñanzas, con sus ejemplos, con su muerte en cuanto hombre, y con su autoridad en cuanto Dios, dejó ya labrada la piedra fundamental y formado aquel que quiso dejar en este mundo para conservar su doctrina y para distribuir sus gracias.

Cumplió la promesa que había hecho de enviar el Espíritu Santo, y, merced á todos esos auxilios, Pedro se presentaba ya y parecía un hombre transformado y enteramente nuevo. Entonces fué cuando se veían reflejados en él los derechos, preeminencias y el carácter de verdadero Jefe supremo de la Iglesia y del Colegio apostólico, pero sin perder por eso su sencillez, su humildad y el celo de que estaba animado para emprender con valor todo lo que fuera conducente á la gloria y honor de Nuestro Señor. Él es el primero en ejercer el peligroso ministerio de la predicación, proclamando públicamente la divinidad de Jesucristo condenado á muerte; y esta primera predicación, este primer acto de arrojar la red del pescador de hombres hizo entrar tres mil fieles en la Iglesia católica, que entonces estaba todavía reducida y compuesta de los discípulos atemorizados y asustados del Señor. Pedro pone también el primero en ejercicio el dón de los milagros, pues en nombre de Jesucristo mandó al tullido que pedía limosna á la puerta del Templo que se levantase, y quedó curado; y después de ese notorio milagro hizo un segundo discurso, con el que ganó cinco mil hombres para Jesucristo. ¡Eternas lecciones, y eternamente fecundas!

Jesús se dignó hacer y obrar por medio de su Vicario en la tierra lo que no había hecho por sí mismo, porque, en tres años que tuvo de vida pública de enseñanza y de predicación, no consiguió convertir y formar más que el pequeño rebaño de sus Apóstoles y discípulos, mientras que solos dos discursos de

Pedro hacen entrar en la navecilla ocho mil hombres, procedentes de todas las naciones y hablando diferentes lenguas. De suerte que la fecundidad de la Iglesia era ya notoria desde su mismo origen, y, merced á esa propiedad riquísima y divina de que carecen todas las sectas, aunque los Apóstoles se vean perseguidos, juntos ó dispersos, su doctrina siempre estará dando frutos, y donde quiera que ellos vayan y la anuncien, allí encontrarán fieles que la oigan y que recibirán á los enviados de Pedro. Jesús curaba los enfermos tocándolos ó empleando alguna palabra, y la sombra de Pedro es bastante para resituir la salud á los que la habían perdido. Todavía hace más Pedro, pues, por un acto atrevido y lleno de valor, se declara á sí mismo intérprete de la voluntad divina, y asegura para siempre la libertad del ministerio evangélico.

Se le prohíbe predicar, y aún cuando fué á él á quien el divino Maestro había enseñado más particularmente la obediencia á los poderes públicos, haciendo un milagro para darle ocasión y medios de pagar el tributo al César, sabe, sin embargo, hasta dónde debe extenderse esa obediencia, y, con peligro de su libertad y de su vida, declara que es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres, pues decía él con Juan : « Nosotros no podemos dejar de hablar de cosas que hemos visto y oído. » Ese es y ahí está el memorable y famoso *Non possumus*, que, á pesar de todas las tiranías y amenazas, ha conservado en el mundo el incomparable beneficio del Evangelio.

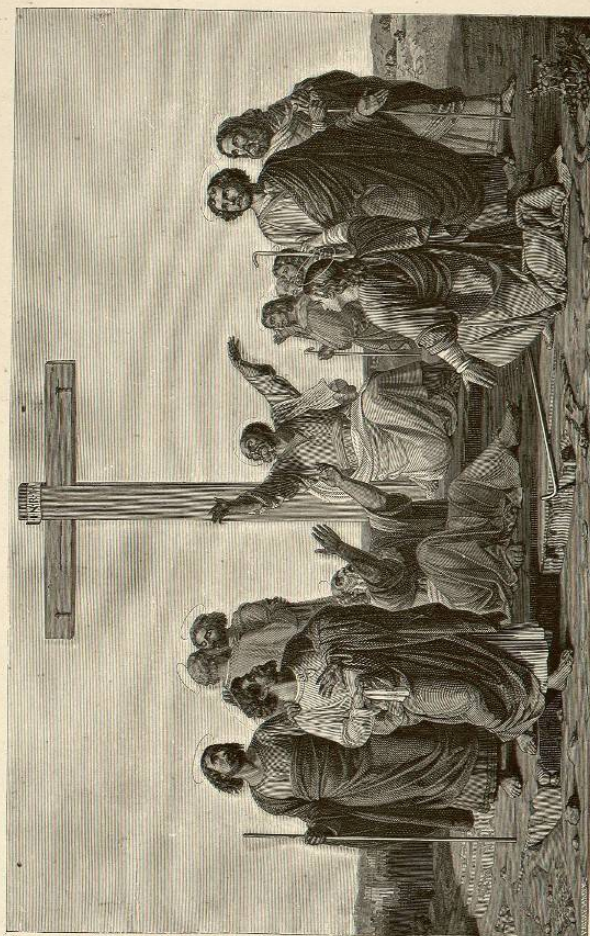


Lámina 122.— Los Apóstoles, después de estar reunidos al pie de la cruz, se separan para predicar el Evangelio á las naciones.— Pintura de Ch. Gleyre, de este siglo. Grabado de Gautier, París.

Pedro fué el que pronunció primero el *Non possumus*, y también el que primeramente sufrió las consecuencias, porque,

aunque no perdió el primero su vida, por estar reservada antes del martirio para trabajos más rudos y penosos, en cuanto cabe, que el mismo martirio, sin embargo, fué el primero á quien se maltrató y el primer prisionero por la fe; y el destino maravilloso, providencial y doloroso de la Iglesia se resume y se concentra en la vida de Pedro, llena de dolores, de angustias y de maravillas. Siempre perseguido y siempre libre, cada día oprimido y cada día triunfante, hoy es socorrido por los hombres, mañana por los ángeles, y al día siguiente encadenado y puesto en la cárcel por los ministros de los demonios; en una parte se le recibe en triunfo, y de otra se le arroja con ignominia. En medio de esas cambiantes y de esas vicisitudes, realizadas entre las tinieblas de odio y entre los hermosos resplandores del amor, Pedro sigue ejerciendo la plenitud de su poder, el cual, por lo mismo que no le había recibido de los hombres ni de los príncipes de la tierra, tampoco podían quitársele ni los unos ni los otros. En virtud de su autoridad libre é independiente, excomulga de la Iglesia al impostor que pretendía comprar á precio de oro los dones de la gracia; devuelve la vida al hijo de la viuda que hacía obras buenas; castiga con la muerte á los cristianos infieles que se atrevieron á mentir al Espíritu Santo; decreta la abolición de las observancias judaicas, y, finalmente, lleva la luz evangélica á los gentiles, y recibe en la persona del centurión Cornelio las primicias del gentilismo. No hay nada tan grande ni nada tan humilde sobre la tierra como el hombre que

ejecuta esos actos tan grandes y maravillosos. Habiéndose equivocado una vez, no en la doctrina, sino en el procedimiento y conducta, permitió ser reprendido públicamente por Pablo, último de los llamados á las funciones del apostolado y salido del campo de los perseguidores de la Iglesia.

Pero esas citaciones y presentaciones ante tribunales y jueces inicuos, esos golpes y vejaciones, el encarcelamiento, los viajes apostólicos en Judea, los triunfos penosísimos, siempre alcanzados á precio de su sudor y de su sangre, todo eso no era todavía nada para su celo y para su amor, y era preciso hacer más, era necesario apoderarse de Roma y destruir el Capitolio, que era la fortaleza armada y terrible de las falsas divinidades, y con ese fin marcha Pedro hacia Roma, lleno de humildad, de fe y de valor.

Ante todo manifestaremos lo que entonces era Roma, y, para conocerlo, basta oír algunos nombres de los que presidían sus destinos. En el tiempo que medió desde la crucifixión de Jesús á la de San Pedro había sucedido Calígula á Tiberio, Cláudio á Calígula y Nerón á Cláudio. Conforme se sucedían estos monstruos de crueldad en el supremo poder, eran declarados dioses por el Senado. En eso se funda Bossuet para decir que en Roma todo era dios, á excepción de Dios mismo. Á esos dioses, que se llamaban Tiberio, Cláudio, Calígula y Nerón, sacrificaba el Senado víctimas humanas. Tiberio hizo notar que los senadores le adoraban demasiado, y éstos, sin embargo, no

se avergonzaron de ello, sino que continuaron haciendo lo mismo con Nerón, y al uno y al otro fueron sacrificados todos aquellos miembros del Senado que mortificaban la vista de los dos tiranos por conservar todavía algún resto ó apariencia de honradez y de virtud. Así lo refiere el historiador Tácito, que es digno de fe, porque probablemente se conduciría él mismo de esa manera tan servil. Tácito era uno de los hombres que gozaban de más prestigio en Roma. Además había allí otro hombre, que era gran filósofo y célebre escritor, que publicaba trabajos literarios sobre moral, en los que se enseñaba el desprecio de las riquezas, el amor de la justicia y el perdón de las injurias. Se llamaba Séneca, el cual había sido preceptor de Nerón, y después fué su ministro; y, á pesar de estar reputado como el filósofo moralista, en cuatro años que gozó de la privanza del emperador llegó á reunir para sí, por medio de la usura y de las injusticias, cincuenta y ocho millones de pesetas. Cuando le consultó Nerón acerca de la intención que tenía de quitar la vida á su madre, por todo consejo le pidió que, en vez de hacerla perecer por una muerte pública y cruel entre los dientes de las fieras, mandase que la ahogasen cuatro soldados, lo que le pareció más decoroso y, en cierto modo, lícito. Séneca escribió un tratado sobre la clemencia; pero, en la práctica, esa clemencia era tal, que el mismo Nerón la encontraba demasiado vengativa.

De esa condición eran los maestros, los sabios y filósofos de Roma; y en medio de tanta ciencia, causa rubor decirlo, se

reconocían oficialmente, según el cómputo de Varrón, treinta mil dioses, los cuales, enteramente olvidados y despreciados de hecho por la inmensa corrupción olímpica, nacida de las supersticiones y excesos populares, no ejercían influencia alguna saludable en la vida ni en las costumbres, y en sus oráculos se acomodaban siempre á la filosofía materialista y repugnante de Epicuro. Con respecto á la humanidad, tenían los filósofos la máxima de Julio César, que quizá fuera el mejor de sus hombres notables: «La especie humana es una presa que pertenece al más fuerte.» Su política los obligaba á congraciarse con el pueblo, y, para ganarse y conservar el favor de éste, hacían perecer en los juegos públicos millares de víctimas; de modo que, bien fuera para satisfacer los caprichos brutales del César, ó bien para divertir las masas populares, no cesaba de derramarse y de correr á torrentes la sangre humana. Los sacerdotes de las falsas divinidades y las vestales asistían también á estos inhumanos espectáculos, y la religión los consagraba y bendecía por uno de sus ministros, que debía hacer brotar la primera gota de sangre del cuerpo de la víctima. Del otro lado de la valla, bajo los arcos del circo, entre las jaulas donde rugían las fieras y el departamento donde los gladiadores novicios se ensayaban sobre los heridos, había dos lugares de relajación y de libertinaje. Chateaubriand se atrevió á describir las costumbres de las clases elevadas y lo que éstas hacían en dichos sitios. «No había, dice, lugar ni parte alguna de la vida humana de donde

no se arrojase el pudor con más cuidado que el que se tenía para desterrarle de los misterios de la religión» (1).

Al lado de esa plebe, que se reputaba libre, y bajo esos patricios, que no tenían más cantidad de honor y de vida que la que les dejaba y quería permitir el César, se encontraba la raza numerosa é inmensa de los esclavos, privados de todos los derechos de la humanidad, y hasta de la cualidad de hombres. Éstos trabajaban, morían y prestaban servicios como lo querían y exigían sus dueños, para contribuir á sus caprichos y placeres. Había un proverbio que decía : «No hay descanso para los esclavos.» El esclavo no tenía alma, y la Grecia le consideraba como un animal de carga, y Roma como una cosa, ó un mueble, ó un objeto útil, del cual se podía hacer uso sin escrúpulo para lo que se quisiera hasta que se inutilizase; y si alguna vez sucediera que la vida del esclavo se prolongase más que sus fuerzas y que su capacidad para prestar servicio, entonces la ciencia y la sabiduría enseñadas por Catón prescribían dejarle morir de hambre. Algunos patricios destinaban sus esclavos á pedir limosna, y, para que inspirasen más compasión á los transeuntes y personas bienhechoras, los mutilaban con una crueldad que sólo podía sugerírsela la corrupción y la avaricia. Esa monstruosa industria era practicada frecuentemente, y, como sucede en toda industria, había también en esa su brutal competencia; de suerte que cuando un patricio veía á los esclavos

(1) *Discurso sobre la historia universal.*

de otro dueño más estropeados ó cubiertos de más heridas que las que tenían los suyos, al momento elegía de los de su propiedad aquellos que fueran semejantes y pudieran competir con los otros, y los condenaba cada día á nuevos suplicios y á una vida cruelísima y miserable, para que, inspirando mayor compasión, le proporcionasen mayor lucro y ganancia. Con el fin de proteger la vida de los señores contra la desesperación y odio de sus esclavos, la ley dispensaba á los primeros de tratar humanamente á los segundos; y cuando un dueño moría de muerte violenta, condenaba á muerte á todos sus esclavos, aunque éstos fuesen tan numerosos como habitantes pueda tener una nación entera. Así se cumplió y ejecutó esa prescripción legal bajo el imperio de Nerón, habiendo perecido por orden del Senado, á pesar de las quejas y protestas del pueblo, los cuatrocientos esclavos de Pidanio Segundo, por haber sido éste asesinado en su propia casa.

Tal era la gran capital del imperio romano, señora orgullosa de las naciones, donde se recitaban las poesías de Horacio y de Virgilio, en donde se oía con aplausos la voz de Cicerón, en donde Tácito hizo sus trabajos históricos y Séneca escribía moral y sus sentencias; la Roma de César y de Augusto que daba órdenes á todo el mundo, la Roma llena de monumentos, de riquezas, de las mejores obras de arte, y aún de ilustración y de ciencia, de la cual ha dicho Montesquieu que establecía su dominación y su imperio con la devastación del universo.

A esta gran ciudad vino á fundar su silla Simón, conocido con el nombre de Pedro, pobre pescador de una pequeña aldea de Betsaida, en Galilea, enteramente solo, con sus piés descalzos, su báculo en la mano, su *Credo* en su entendimiento, pero llevando á Jesús en su corazón; y al entrar en esa poderosa capital intenta y quiere tomar posesión de ella en nombre de Jesucristo, que había sido crucificado en Jerusalén entre dos ladrones. Allí había de predicar al Dios único, verdadero y vivo, al Dios purísimo, al Dios justo, al Dios misericordioso y compasivo, al Dios terrible y al Dios solo, que ni reconoce otro igual ni mayor ni menor que Él. Allí se proponía establecer el imperio de la humildad en lugar del orgullo, que tenía allí su trono; la pureza en donde dominaba la lujuria, y la libertad evangélica en donde estaba el centro del despotismo y de la tiranía. Él llevaba la organización de la familia con la indisolubilidad del vínculo conyugal y el respeto á la existencia y vida de la infancia; con el pensamiento fijo de restituir al esclavo degradado su cualidad y sus derechos de hombre, y también á elevarle y concederle la dignidad de hijo de Dios. En lugar del trono de Nerón, iba Pedro á fundar el trono de Jesucristo. «¡Contraste maravilloso! Al mismo tiempo que Séneca, gran filósofo, elocuente orador, hombre influyente y lleno de riquezas, se ocupaba en educar y formar un nuevo emperador, Pedro, el pescador de Galilea, sencillo, sin ilustración, sin letras, sin crédito y sin riquezas, se afanaba y empleaba su celo y su amor en formar un

nuevo género humano, una nueva generación; y mientras que el discípulo de Séneca fué un Nerón, el de Pedro es y se llama el *mundo cristiano*» (1).

Pedro habitó en Roma veinticinco años, extendiendo desde allí su celo apostólico y su cuidado á todas las Iglesias; y al terminarse ese tiempo le prendieron un día y le llevaron á la cárcel Mamertina, que se hallaba al pié del Capitolio, y se le encerró allí como para que desde aquel lugar pudiese ver con sus propios ojos y tocar con sus propias manos, para darles la última, victoriosa y triunfante sacudida, los fundamentos de aquel santuario, que encerraba todos los errores y supersticiones que él había condenado y debían tener fin. Bien pronto se le sacó de la prisión y se le hizo atravesar el Foro, en donde el Senado estaba en sesión frente á la tribuna muda, al extremo de la cual se elevaba la Casa de Oro de Nerón. Fué llevado por el camino de Ostia, en el cual encontró á Pablo, que iba también al martirio. Le estaba allí preparada una cruz, y al verla suplicó que le clavasen con la cabeza abajo para sufrir con sello de ignominia el suplicio que ya era glorioso desde que el divino Maestro había sido crucificado en él con la cabeza arriba. Allí tuvieron fin los trabajos de Pedro y principió su gloria, que durará mientras existan los cielos y la tierra. Allí nació también el segundo imperio de Roma y se fundó el nuevo Capitolio, de donde saldrían, no procónsules para oprimir, sino Apóstoles

(1) Rohrbacher, *Historia universal de la Iglesia*, t. IV.

para libertar, y en donde no se decretaría ya la guerra y el exterminio, sino la paz, la edificación y la prosperidad del mundo.

En el último siglo, el escritor inglés Gibbón, entontecido por el estudio del paganismo y por el soplo de la impiedad, que entonces tenía en conmoción la Europa, fué á establecerse en el Foro romano, entre el Capitolio y el Coliseo, ya en ruinas. Algunos monjes andaban todavía con sus sandalias sobre los restos de la vía Sacra, y esos restos y semejante espectáculo fueron bastantes para excitar en él una cólera estúpida é insensata. ¡En otro tiempo no había aquí más que conquistadores, decía él, y ahora encontrar frailes! Se olvidó considerar que estos frailes eran también conquistadores coronados de triunfos más grandes y más legítimos que los que él echaba de ménos, y, procediendo con impía ligereza, escribió un libro, que fué célebre algún tiempo y hoy está despreciado, en el cual se propuso con todos sus esfuerzos rebajar el valor y el mérito del sacrificio de los mártires.

Se dice que San Pedro, atravesando el expresado Foro, ya deshonrado, pero todavía en el apogeo de sus funciones y de su esplendor pagano, se le representó más de una vez en su espíritu tal como se encuentra, y nosotros le hemos visto en nuestros días; que vió la degradación y la miseria de aquellos centros de orgullo, de sangre y de lujuria, y todos los ídolos hechos pedazos, dispersos y convertidos en polvo, y que, lleno de amor y de gratitud, exclamó : «¡Bendito seáis, Cristo inmortal,

tal, porque habéis libertado verdaderamente la humanidad!»

Á su vez, la humanidad consagra á Pedro, siervo de Cristo, un culto que no concluirá mientras exista la misma humanidad. ¡Quién será capaz de expresar jamás la admiración y la alegría que el cristiano siente en su corazón cuando, arrodillado sobre el sepulcro de San Pedro, ante el sucesor de Pedro que pasa derramando bendiciones, oye cantar estas palabras inmortales é impercederas : «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia!»

LOS PONTÍFICES SOBERANOS DEL PAGANISMO

Antes de morir vió claramente Pedro todo el plan del edificio, cuyas murallas se levantaban de la tierra á la vista y á la voz de los hombres que él gobernaba y presidía. El Asia Menor escucha á Juan. Los partos y los escitas son instruidos en el Evangelio por Andrés y Tomás. Simón le predica á los persas; Matías lo hace en Etiopía; Tadeo convierte los habitantes de Edesa, en Mesopotamia; Pablo destruye el paganismo en sus fortalezas más avanzadas de la Grecia y la Macedonia, y el mismo Pedro se quedó en Roma, que era el corazón temible de la idolatría y de la impiedad. Ya habían nacido cincuenta Iglesias, que estaban en estado floreciente, y á su vez eran madres de otras, y por todas partes daban señales de fecundidad y brotaban vástagos, que se extendían cargados de frutos de bendición en todas direcciones.